

ESTRABON III: EL TERRITORIO HISPANO, LA GEOGRAFIA GRIEGA Y EL IMPERIALISMO ROMANO¹

Domingo Plácido Suárez

La *Geografía* de Estrabón puede considerarse como una de esas obras que en la antigüedad recogían, en un momento dado, y por las circunstancias históricas precisas en que nacen, un conjunto variado de tradiciones anteriores. Por un lado, es receptáculo de la tradición arcaica, en cierto modo presente antes en Heródoto, en la que el tema central estaba situado en las colonias y en los viajes, donde se producía una curiosa mezcla de realidades y leyendas²; donde el pasado mítico recibía el mismo tratamiento que la historia, aunque, al mismo tiempo, Estrabón se siente heredero de Polibio para distinguir entre lo mítico y lo histórico³. Por otra parte, de modo aparentemente contradictorio, el geógrafo está situado en la corriente propia del pensamiento helenístico, satisfecho de su propia época y de las con-

1. Me habría gustado dedicar a la memoria de nuestro amigo Santero algo más próximo a sus preocupaciones, pero hay que reconocer que, al menos desde mi punto de vista, a pesar de su temprano fallecimiento, ese campo de investigación resulta redondo y completo. Al menos geográficamente, con este pequeño trabajo he intentado aproximarme. La mayor proximidad se halla, sin embargo, en el afecto.

2. S. Mazzarino, *Il pensiero storico classico*, Roma, Laterza, 1974 (4.^a ed.), p. 111.

3. Id., p. 493.

quistas de sus hombres, capaces de investigar sobre otros pueblos y de oponerse a los "mitos" de los historiadores antiguos con las armas de la ciencia⁴, pero también gracias a las ventajas conseguidas por la obra de los romanos, especialmente en la época de Augusto, como culminación de un largo proceso civilizador. El mito es, para él (I,2,8), un útil instrumento en manos del estado, para la emulación y para crear el terror⁵, con lo que se sintetiza la tradición y el presente. Dentro de este mundo, como la época misma, su obra tiene pretensiones de síntesis universal, plasmada en el mito de Heracles estoico, como la concepción providencialista que ve en la naturaleza las condiciones adecuadas para la configuración del mundo sólo puesta en práctica mediante la acción de los romanos⁶. Como Posidonio, al que frecuentemente cita⁷, Estrabón era partidario de la conquista romana y admirador de su capacidad de organización⁸. Igual que el imperio mismo, el conjunto resulta una obra totalizadora en el tiempo y en el espacio, una enciclopedia de información sobre la ecúmene⁹, que asume el pasado en su variedad dentro de un presente concebido como unidad. Por ello, importa poco si está dirigida a responder a los intereses de griegos o de romanos¹⁰. El objeto de su publicación es servir de utilidad a los gobernantes, en su sentido más amplio, con vistas a la práctica (I,1,18)¹¹.

La obra toma así el aspecto de un manual eminentemente utilitario con apariencia sistemática. Sin embargo, detrás de ésta se ocultan ciertos rasgos que dejan ver una configuración ideológica, capaz de revelar una determinada concepción del imperio y de las relaciones entre Roma y los pueblos sometidos, así como de las formas de explotación de los territorios conquistados¹². La información no se transmite sin una cierta carga ideológica. La linealidad descriptiva se ve frecuentemente rota por apreciaciones que descubren los intereses de fondo.

4. Id., p. 509.

5. J.C. Bermejo, *Mitología y mitos de la Hispania prerromana*, II, Madrid, Akal, 1986, p. 18.

6. Mazarino, *cit.*, III, p. 61.

7. A. Momigliano, *La historiografía griega*, Barcelona, Crítica, 1984, p. 230.

8. H.L. Jones, *The Geography of Strabo* (L.C.L.), p. XX.

9. Id. p. XXX.

10. Id. p. XXVI. Cf. E.Ch.L. Van der Vliet, *Strabo, over Landen, Volken en Steden*, Assen-Amsterdam, Van Gorcum, 1977, 342 págs., sólo conocido por reseñas: G. Nachtergel, *Latomus*, 39, 1980, 444-5; E.W. Gray, *CR*, 30, 1980, 9-12. También F. Lassarre, *REL*, 55, 1977, 15-16.

11. Bermejo, p. 17; M. Clavel-Lévêque, "Les Gaules et les Gaulois: pour une analyse du fonctionnement de la Géographie de Strabon", *DHA*, 1, 1974, p. 83.

12. M. Clavel-Leveque, p. 79.

Dado el especial modo de elaboración de la *Geografía*, no siempre es fácil averiguar cuál es en cada caso la fuente utilizada. Sin duda, para la península ibérica, en primera línea se encuentran Polibio, Posidonio y Artemidoro¹³. Ahora bien, al margen de las frecuentes citas y de que el análisis situacional de la información es suficientemente explícito en este campo¹⁴, resulta evidente que la obra posee una organización propia y que el resultado es un libro completo con su sistemática específica, dentro de la que se incluye el carácter de síntesis de las tradiciones anteriores, a las que, como el mismo imperio romano, el autor inculcaba vigencia actual y un concepto unitario que no excluye la diversidad como componente fundamental.

Estrabón remonta hasta la tradición homérica la fama de la prosperidad de occidente, debida a razones naturales y causa de frecuentes viajes que desde Heracles perduran hasta los romanos (I,1,4). Al mismo tiempo, se fija en su carácter extremo, que se compara con la India (I,1,8), con el Ponto (I,2,10) y a sus habitantes con los escitas y los etiopes (I,2,27). Pero lo extremo, en su concepción del mundo, debe quedar integrado en la tierra como un todo (II,5,4), considerada principalmente como la que rodea el mar Mediterráneo (II, 5,25-26). Aún así, el hecho de comenzar por Europa tiene su explicación, no sólo en su rica variedad y en ser especialmente adecuada para criar hombres virtuosos, sino porque ha proporcionado más bienes a los demás hombres y porque, aunque no todos los lugares están habitados y subsiste la piratería, todo puede mejorarse mediante buenos administradores, como fueron los griegos, a pesar de sus condiciones geográficas negativas, y sobre todo los romanos, que a los pueblos salvajes y aislados les han enseñado a vivir de modo civilizado. Así se ha creado una útil colaboración, pues unos ayudan con las armas a los otros, que aportan sus productos. La guerra pasa a formar parte de un todo que incluye civilización y agricultura. En este párrafo (II,5,26), se expresa de modo clarividente la integración europea bajo el imperio romano.

Al iniciar la descripción concreta, en el libro III, el punto de partida se sitúa en la península ibérica, en que, cuando trata las características generales, comienza por los aspectos negativos, que sitúa en

13. A. Schulten, *FHA*, VI, pp. 1-4.

14. Como en III, 4,3, en que, a partir de Abdera, se desvía de la línea descriptiva para referirse a los viajes de los héroes homéricos, en un panorama general cuya única justificación coherente es el haber tomado como base la obra de Asclepiades.

el norte, tales como el hecho de encontrarse pobremente habitada y las dificultades del relieve y del clima, lo que hace de sus habitantes unos seres incapaces de relacionarse con los demás. A ello se contraponen todo el sur, especialmente próspero más allá de las columnas de Hércules (III,1,2). Al tiempo que se produce una primera aproximación descriptiva, se realiza también una división del territorio, que define la creación de recursos y las formas de dominio.

Dentro de la península, el inicio está en el Promontorio Sacro (*Hieròn Akrotériou*)¹⁵, al que se considera, no sólo lo más occidental de Europa, sino también *semeïon*, marca o límite final, de la ecúmene. Se trata del *sêma*, señal o tumba que, como monumento sacro, da carácter de tal a los límites de la propiedad o de la ciudad y, en este caso, de la ecúmene o, lo que es lo mismo, del imperio romano, del mismo modo que *Terminus* ponía fin al imperio al tiempo que garantizaba los límites de la propiedad y evitaba el conflicto acerca de ella (Ovidio *Fasti II*, 639, ss.), y del mismo modo que, anteriormente, los *hóroi* de la *chóra* de los helenos estaban representados por las columnas de Hércules (Isócrates, *Filipo*, 112), que también eran un trofeo de los bárbaros. Así se crea la imagen del control territorial e imperialista al mismo tiempo. En época de Estrabón, el límite se ha trasladado, aunque él sabía que antes las columnas eran el límite de la ecúmene (III,5,5)¹⁶. Según Heródoto, (IV,152), Coleo y sus hombres habían atravesado esos límites (*διεκπερήσαντες*) para llegar a Tarteso. Ahora también interesa más la parte de la costa sur que se encuentra al otro lado de las columnas de Hércules que, en cambio, se han convertido en el punto de contacto y comunicación entre el mar interior y el exterior (III,1,7). De hecho, es la Turdetania lo que atrae más su atención (III,1,6), y Gadeira (Cádiz), a pesar de estar construida en el extremo de la tierra (*escháte*), se ha hecho famosa gracias a la navegación y a sus relaciones amistosas (*philia*) con los romanos. Ahora, *τὰ ἔσχατα, τὰ πείρατα*, pertenecen, en lo que a esta zona se refiere, al mundo del mito (III,2,12-13). Los límites de la Turdetania coinciden con el Anas (Guadiana), con lo que la zona situada entre este río y el Promontorio queda olvidada. El *semeïon* resulta puramente simbólico y, por tanto, especialmente revelador.

15. M. Salinas "Hieron Akroterion. La geografía religiosa del extremo occidente en un texto de Estrabón", Actas del I Congreso peninsular de Historia Antigua. Santiago de Compostela, julio de 1986. Universidad de Santiago de Compostela, 1988, II, p. 140.

16. G. Bunnens, "Le rôle de Gadès dans l'implantation phenicienne en Espagne", *Los Fenicios en la península ibérica*, Sabadell, AUSA, 1986, II, p. 188.

El *Hieròn Akrotérion* vuelve a ser punto de partida (*arché*) para describir la costa atlántica (III,3,1), pero, al llegar a los cántabros, los califica como *hýstatoi*, los últimos (III,3,5), después de haber marcado el *hóros* de Bruto (III,3,4) en sus campañas. Anteriormente (III,3,3), al señalar los límites de los lusitanos, ni siquiera han sido mencionados. Habitan, continúa, el cabo Nerio, límite (*péras*) tanto occidental como septentrional¹⁷. Aquí, el objetivo de Estrabón parece más actual, y pretende delimitar a estos pueblos¹⁸, no con referencia a tradiciones míticas o al remoto pasado, sino a las realidades próximas, para lo que se sirve de un hipotético hecho histórico en el que desempeñaba un importante papel el significativo río Lete o del Olvido, así denominado como consecuencia de la *stasis*. El límite de la ecúmene se convierte en un criterio cultural fuera del cual queda lo carente de interés o imposible de controlar (II,5,8)¹⁹.

El autor considera necesario (*anánke*) dedicar más espacio a la Turdetania para conocer sus ventajas naturales y su prosperidad, pues sobresale gracias a sus riquezas en la tierra y en el mar (III,1,6)²⁰. Sin duda, son circunstancias favorables para el desarrollo de una civilización que se remonta en muchos años²¹ y se caracteriza por la unidad de su escritura frente a la diversidad de los otros habitantes de Iberia. La misma unidad aparece en la no distinción actual entre turdetanos y túrdulos. Pero lo que en la práctica atrae más la atención de Estrabón sobre la Turdetania es la producción, lo que viene a justificar que la información sea aquí más precisa que para el resto de la península²². En todos los párrafos dedicados a la región existen datos sobre ella, pero, sobre todo, III,2,6, constituye un auténtico inventario de sus principales riquezas, tanto naturales como resultado de la industria humana: pescados y salazones, maderas y barcos, lanas y tejidos.

El interés por la producción supera incluso la organización sistemática regional, pues de las minas de las montañas de la Bética el autor pasa a las minas de Carpetania y Celtiberia (III,2,3), lo que las convierte en la unidad temática, aunque, por otra parte, se marca una diferencia entre las primeras, cercanas a territorios fértiles y a los cau-

17. C. Alonso del Real; "Estrabón revisitado", *Gallaecia*, 3/4, 1977-78, p. 61.

18. M.V. García Quintela, "El río del olvido", en Bermejo, cit., p. 83.

19. Bermejo, p. 17; J.M. Blázquez, "La Iberia de Estrabón", *HA*, 1, 1971, p. 37.

20. Blázquez, "Iberia", pp. 10-12.

21. L.A. Thompson, "Strabo on Civilization", *Platon*, 31, 1979, pp. 216; 227.

22. Clavel-Lévêque, p. 78.

ces de los ríos, y éstas otras, en zonas áridas y secas. En la misma contraposición se vuelve a insistir más adelante (III,2,8): las minas de Turdetania tienen la ventaja de que se encuentran en una región rica, donde existen otros productos que le proporcionan prosperidad. Minas existen en toda Iberia, pero no toda es igualmente rica. Aquí de nuevo (III,2,9), Estrabón menciona a los lusitanos y a los ártabros, entre los que recuerda que el trabajo era realizado por mujeres. También presta su atención a las minas de Cartago Nova (III,2,10), y aquí, además se fija en la cantidad de mano de obra utilizada y en la rentabilidad que le producía al *dêmos* de los romanos en tiempos de Polibio. Más tarde (III,4,6), en un contexto propiamente levantino, Estrabón tendrá que referirse de nuevo a las minas de Cartago Nova, junto con otros rasgos de su capacidad productiva. La producción es también objeto de atención en los capítulos dedicados a otras regiones, aunque de modo menos detallado e intenso. Sólo con relación a los productos de los valles pirenaicos se hace alusión a los ingresos ocasionados (III,4,11)²³.

En la Bética, la producción agrícola, que crea un paisaje agradable a la vista, se ve potenciada por el hecho de hallarse principalmente junto a los ríos (III,2,3), sobre todo el Betis, cuya *parapotamía*, así como las islas en el mismo río, se encuentran muy trabajadas. No sólo se trata de la fertilidad que sus aguas pueden proporcionar, sino de que tiene una extensión navegable cuyas medidas se indican expresamente. Turdetania es afortunada porque produce de todo y en gran cantidad (III,2,4), pero sus cualidades se ven duplicadas por sus posibilidades de exportación, gracias al excedente productivo y a la abundancia de naves de comercio. Las condiciones naturales presentadas por los ríos y los estuarios se potencian con la acción humana²⁴, materializada en la construcción de canales (III,2,5) que permiten el tráfico de mercancías entre ellos mismos y con los del exterior. También en el Atlántico, la referencia a la productividad de la tierra, tanto específica (*εὐαλδέξ, εὐάμπελον*) como genérica (*χώραν ἀγαθὴν*) (III,3,1), se encuentra íntimamente vinculada a la navegación gracias a los estuarios o a la proximidad del mar que facilita el acceso en barco. Del Tajo se indica expresamente la anchura, la profundidad y la

23. Para la producción en general, ver J.M. Blázquez, "Economía de Hispania al final de la república romana y a comienzos del imperio según Estrabón y Plinio", *Revista de la Universidad de Madrid*, 20, 1972, pp. 63-97.

24. E.Ch.L. Van der Vliet, "L'Ethnographie de Strabon: idéologie ou tradition?", F. Frontera (ed.), *Strabone. Contributi allo studio della personalità e dell'opera*, Perugia, Università degli Studi, 1984, p. 60.

capacidad máxima de las naves que pueden entrar en él. La Lusitania se convierte así en un territorio próspero, potenciado por los ríos y la navegación que, además, da acceso a lugares abundantes en oro (III,3,4). No sorprende, por tanto, la insistencia en las distancias entre puntos costeros²⁵, entre puertos, desembocaduras de los ríos y lugares protectores del navegante, como *Promontorium Sacrum* (III,1,9), ni la preocupación que se revela en este párrafo por indicar los accidentes de la costa y sus indicadores, como la Torre de Cepión, señal (*semeion*) que garantiza la *sotería* de los navegantes. Las preocupaciones de Estrabón por los fenómenos marinos vienen a ser, en definitiva, una proyección de sus preocupaciones por la navegación²⁶. La enumeración citada de productos de la Turdetania (III,2,6) se realiza precisamente en función de la exportación, que explica la existencia de barcos grandes y abundantes. La navegación fluvial justifica la importancia atribuida a los ríos, como modo de acceso a los centros productivos, que quedan así potenciados, pero también como modo de comunicación con los pueblos de interior. A propósito del Tajo, el autor menciona a celtíberos, vetones, carpetanos y lusitanos (III,3,1). El Duero pasa por Numancia y otras *Katoikías* de celtíberos y vacceos (III,3,4). El Ebro se remonta a los cántabros y sintetiza en su llanura a los pueblos de los Pirineos (III,4,6). La importancia dada a los ríos depende, en general, de los servicios que pueden prestar a Roma²⁷.

En la comunicación marítima, la atención se centra especialmente en la que pone a la península en contacto con Roma e Italia. Para el Mediterráneo, la paralia καθ' ἡμᾶς, se detallan las distancias entre puntos costeros (III,4,1), pero también se indica la zona que resulta pobre desde el punto de vista de los puertos (III,4,6) y dónde, en cambio, coincide el buen puerto con el territorio rico (III,4,8). La *emporía*, se dice expresamente (III,2,5), se dirige sobre todo hacia Italia y Roma. La capacidad para la navegación y la amistad con los romanos son las dos cualidades que permiten que los gaditanos, a pesar de las circunstancias geográficas (*escháte*), hayan alcanzado prosperidad y fama (III,1,8). En cambio, la costa norte (III,4,0) se encuentra dentro de la descripción de la mesogea. La consecuencia es

25. Clavel-Lévêque, pp. 78-80.

26. P. Pédech, "Le paysage marin dans la Géographie grecque", *Caesarodunum*, 13, 1978, p. 37, n. 23.

27. R. Dion, "Rhenus bicornius", *REL*, 42, 1964, p. 479.

que la lejanía, cuando no existe comunicación, ni $\pi\lambda\omicron\upsilon\varsigma$, ni $\acute{o}\delta\acute{o}\varsigma$, conduce al salvajismo (III,3,8). Pero la única comunicación por tierra que, en definitiva, tiene justificación, desde el punto de vista de Estrabón (III,4,9), es la que conduce de Italia a Iberia²⁸. La comunicación es fundamental para la consideración de vida civilizada porque es la condición para comunicarse con Roma.

La prosperidad de la *chóra* recibe una consideración especial cuando va unida a la vida civilizada, *hémeron* y *politikón*, lo que es propio de la Turdetania, pues los célticos disfrutaban menos de ella precisamente porque viven *komedón*, en aldeas (III,2,15). A su vez, la existencia de una buena *chóra* es, según Estrabón (III,4,5), el fundamento de Ampurias. La economía agraria se manifiesta inseparable de la civilización urbana para alcanzar su pleno sentido. Pero la ciudad se explica a su vez en relación con los intercambios y viene a constituirse en el elemento clave de unión entre ambas formas de vida económica. Las ciudades más famosas se encuentran situadas en los ríos navegables, en los estuarios que facilitan la comunicación, o en el mar (III,2,1). Asta se explica por los estuarios. El Betis tiene una abundante población ribereña, que lleva al geógrafo a describir su recorrido hasta Córdoba (III,2,3). El conocimiento de la naturaleza de los lugares y de los estuarios es lo que ha impulsado la fundación de ciudades y colonias (III,2,5)²⁹. La ciudad de Belo justifica su posición con Africa (III,1,8). Incluso entre los ártabros, la existencia del puerto permite la concentración de la población ($\sigma\nu\nu\omicron\iota\kappa\omicron\upsilon\mu\acute{\epsilon}\nu\alpha\varsigma$) (III,3,5) en torno al golfo, lo que hace variar la situación de tiempos pasados, expresados por los infinitivos de aoristo dependientes de “dicen” frente a formas verbales de presente.

La situación óptima es, con todo, la de Turdetania, donde los ríos navegables ponen en comunicación las ciudades y las tierras fértiles y bien cultivadas. En cambio, se hace constar la no navegabilidad del río en relación con Cástulo (III,2,3), circunstancia ésta sólo solucionada gracias a la existencia de la vía (III,4,9), que comunica con Roma o con los puertos. Los ríos y los estuarios se detallan expresamente para información del navegante, que puede proceder a la ex-

28. P. Sillières, “Le camino de Anibal. Itineraire des Gobelets de Vicarello, de Castulo à Saetabis”, *MCV*, 13, 1977, pp. 31-83. En general: Blázquez, “Economía...”, pp. 100-106; puertos: p. 137; Ríos: “Iberia...”, P. 87.

29. Van der Vliet, p. 60.

portación de productos de todo el territorio interior, cohesionado gracias a las ciudades bien comunicadas, símbolo de la civilización y, por tanto, de la capacidad de control romano por medio de la amistad o de la intervención. También Cartago Nova se encuentra en situación óptima, como *emporeíon* que pone en comunicación la mesogea con el mar y a los de fuera con los locales (III,4,6), centro productivo por las salazones y minas, y lugar poderoso y fortificado. Cesaraugusta se encuentra en el Ebro (III,4,10), en una *chóra* habitada (*συνοικεῖται*) por múltiples pueblos, y centro de una serie de localidades que la convierten en vehículo de redistribución hacia el exterior, circunstancia ésta señalada en la mención de Tárraco y de los últimos asentamientos vascones, así como de las cadenas montañosas que encuadran el territorio. La ciudad es, no sólo elemento intermediario entre la población y la distribución, sino también eje del control de los territorios alejados y centro de redistribución de las comunicaciones.

En las zonas en que la ciudad está desarrollada, se destaca de una manera especial la intervención romana, por medio de la *philia*, como en el caso de Gades, o de la colonización, como en el de Córdoba, Híspalis, Betis o Carteya (III,2,1). La urbanización prerromana³⁰ sólo aparece como un paso para la situación definitiva. Gades, la más próspera previamente, resulta ahora elogiada por su *amicitia* con los romanos. No parece que sean casuales las alusiones a las guerras civiles en torno a Córdoba o Carteya, como lugares de proyección, ya tradicional, de los conflictos internos de Roma, lo que produce un efecto de integración. Como tampoco parece casual la mención de ciertos episodios sertorianos ajenos al Ebro cuando se está tratando de las características de esta región, pues, en definitiva, aquellos tuvieron sentido desde el punto de vista de su "romanización" (III,4,10). Las alusiones a las campañas de Bruto Galaico (III,3,1) se concretan en la fundación de Olisipo, para controlar los accesos y proteger las provisiones, cuando se habla también de la navegabilidad del Tajo y del acceso a las zonas productivas. Conquista y explotación aparecen como dos elementos sustanciales del mismo proceso. Tárraco, a pesar de no tener puerto, se destaca específicamente como eje del control general del territorio (III,4,7). En cambio, las circunstancias que no permiten que existan ciudades, sino *πύργους* y *κόμας*, son precisamente la naturaleza de la *chóra*, la pobreza, el alejamiento

30. Thompson, p. 222.

(*ektopismón*) y las *práxeis* de los habitantes (III,4,13). Sólo puede haber ciudades en la parte de la paralia que mira hacia nosotros (*καθ' ἡμᾶς*).

Al final y a modo de corolario del libro I (4,9), como forma de dar sentido unitario a toda la introducción y definir el fundamento ideológico de su panorama general del mundo habitado, Estrabón hace referencia a las críticas de Eratóstenes contra quienes dividen a la humanidad en griegos y bárbaros y quienes incitaban a Alejandro a tratar a los griegos como amigos y a los bárbaros como enemigos, y a su recomendación de que sólo se tuviera en cuenta la virtud o la maldad, como si la primera distinción, explica nuestro autor, no se fundamentara en que en unos prevalece τὸ νόμιμον καὶ τὸ πολιτικὸν καὶ τὸ παιδείας καὶ λόγων οἰκεῖον, y en otros lo contrario³¹. Para Estrabón, una cosa es que no se considere natural la condición de los bárbaros, y otra que tenga validez tal distinción, aunque sus fundamentos puedan considerarse más bien históricos o geográficos, entre otras razones porque es el único modo de justificar la eficacia de la acción romana³². En efecto, Estrabón insiste más bien en los rasgos culturales o sociales que caracterizan a los pueblos bárbaros, como el hecho de que, entre los ártabros, sean las mujeres las que trabajan en las minas (III,2,9), o quienes cultivan la tierra en el norte (III,4,17), y otros rasgos que resultan sorprendentes desde el punto de vista de las concepciones sociales o familiares de los grecorromanos (III,3,6-7;4,16-18), entre los que podría destacarse el trueque de mercancías (III,3,7), con que se marca una fuerte diferencia con las concepciones dominantes sobre el cambio que impregnan el libro de Estrabón. La falta de civilización y la barbarie se deben en primer lugar a la lejanía y falta de comunicaciones, lo que produce hombres incapaces de relacionarse con los demás (*δυσεπίμικτοι*) (III,3,8), es decir, poco adecuados para integrarse en la civilización representada por el imperio romano³³. Pero la barbarie también se debe al hábito de hacer la guerra (*τὸ πολεμεῖν*), circunstancia ésta que provoca variadas consecuencias conceptuales, desde la que se refleja en el interés por las armas, cualidades militares y preparación física de los indígenas (III,3,6)³⁴, hasta la definición de su valentía (*andreía*) con

31. Van der Vliet, pp. 45; 48-49.

32. Cf. en general, Alonso del Real, cit.; Thompson, pp. 215-220.

33. Bermejo, p. 23; Van der Vliet, especialmente, pp. 63; 67; Thompson, pp. 219; 224, y ss. 53.

34. F. Lasserre, Note complémentaire, *ad. l.*, CUF; Van der Vliet, p. 35; Bermejo, 87, ss.; Blázquez, "Iberia...", pp. 53; 55.

rasgos que la asimilan a la ferocidad e insensatez de los animales (III,4,17), pero también se hace referencia a la *areté* de los numantinos frente a los romanos (III,4,13), lo que no hace más que aumentar el valor y el mérito de la conquista³⁵. Tales aproximaciones resultan comprensibles si se tiene en cuenta que se trata de enemigos que en algunos casos han proporcionado y proporcionan graves problemas a los romanos, pero también pueden llegar a convertirse en eficaces colaboradores, para lo que resulta muy útil marcar la inferioridad cultural. La falta de *diagogé* los hace también estar sometidos a la *anánke* y a los impulsos propios de los animales (III,4,16), nuevo elemento justificativo de las expectativas de sumisión bajo el poder romano, habida cuenta del carácter coercitivo que contiene el término *anánke*, como violencia que puede ejercerse sobre quien, por sus caracteres específicos, ya está sometido a la violencia. Con todo esto, el panorama peninsular queda más completo, al incluir junto a lo romanizado, con que se pueden mantener determinadas relaciones, lo no romanizado, en que se ofrecen modos diferentes de intervención.

La zona situada entre el Tajo y el Guadiana recibe poca atención por parte del geógrafo. En el capítulo 2 sólo se preocupa de la medición de las costas, mientras que en el 1 se refiere a sus habitantes, en su mayoría célticos, a quienes se le sumaron algunos lusitanos, trasladados a vivir allí (*μετοικισθέντες*) por parte de los romanos (III,1,6). La descripción no es, pues, completamente aséptica. Aunque este dato no parece tener, en principio, ninguna utilidad para aquellos a quienes va dirigida la obra, sí importa añadir cuáles son las alteraciones que se han producido gracias a la presencia romana, para poner de manifiesto el grado de control ejercido, a pesar de la aparente marginalidad del territorio. En las zonas romanizadas se insiste en los modos de intervención que dan como resultado la urbanización, aunque ésta cuenta con realidades previas, procedentes principalmente de la presencia fenicia. Ya se preocupa él (III,2,14) de hacer constar que su hegemonía fue destruida por los romanos. Junto a otros asentamientos, en la costa sur, Julia Izoa (*Julia Traducta*) es consecuencia del traslado (*μετόπισαν*) de la población de Zelis, situada junto a Tingis, a la que se añadieron colonos (*εποίκους*) romanos y gentes de Tingis (III,1,8), en tiempos de Augusto. La realidad urbana se va renovando con el procedimiento sincrético que caracteriza

35. Sobre la acción romana en general, F. Lasserre, "Strabon devant l'Empire Romain", *ANRW*, II,30,1, 1982, 867-896; Clavel-Lévêque pp. 75-76; 84-85; 90.

una parte de la actuación imperial. De las ciudades de Turdetania, dos sobresalen de una manera especial (III,2,1), Córdoba, fundación de Marcelo, poblada por romanos e indígenas seleccionados, y Gades, que debe su potencia y su gloria a la alianza con los romanos, factor éste que tanto ahora como poco antes (III,1,8), el autor se ha apresurado a añadir al otro, más objetivo, resultante de sus tradiciones navales, pero que en este momento resultan inseparables, dado que la capacidad para navegar y la integración en los circuitos romanos son elementos que se potencian mutuamente. La ventaja de Córdoba se encuentra en que no sólo posee un espléndido territorio bien comunicado con el mar gracias al río, sino también en que se fundó con romanos y con una población indígena especialmente seleccionada (ἐπίλεκτοι), con lo que vuelve a ponerse de manifiesto la importancia de la intervención romana para la prosperidad de las zonas más ricas de la península. También Híspalis es ilustre y colonia (ἀποικος) de los romanos, pero ahora se ha convertido simplemente en un emporio, por la competencia de Betis, que, a pesar de estar poblada (συνοικουμένη) de manera poco brillante, ha recibido recientemente un número de soldados romanos de parte de César. Esto ha hecho cambiar el grado de honorabilidad (*timé*) de la ciudad.

La intervención romana facilita también la vida de los indígenas, que acudieron a ellos para obtener nuevas tierras y librarse de la plaga que sufrían en la Gimnesias (III,2,6)³⁶. La fertilidad de la tierra alcanza sus posibilidades gracias a la ayuda de los romanos, que han conseguido restablecer las ganancias a sus propietarios (III,5,2). El progreso de los pueblos indígenas depende de ellos, lo que todavía es más claro cuando la intervención se produce en las luchas de los pueblos entre sí. En la región situada entre el Tajo y los ártabros habitan treinta *éthne* en una *chóra* rica en frutos, ganados, oro, plata y otros metales (III,3,5), pero pasan la vida en el bandidaje, en una guerra continua entre ellos mismos y contra los vecinos del otro lado del Tajo, hasta que los romanos pusieron fin a esta situación y transformaron sus modos de asentamiento (συνοικίζοντες). La fuente de los problemas estaba en los montañeses, que vivían en la *anomía* a causa de la pobreza, responsable de que tuvieran que desear lo ajeno, pero los demás, por sus necesidades de defensa, tenían que dedicarse a la guerra y descuidar la *chóra* y, como consecuencia, convertirse en

36. Thompson, p. 216.

bandidos. Sólo la presencia romana pudo acabar con esta situación³⁷. Las condiciones naturales no son suficientes para garantizar la civilización³⁸.

Por otra parte, el carácter salvaje de los pueblos del norte se atribuye, no sólo a la práctica de la guerra, sino también a la falta de contactos con los romanos (III,3,8)³⁹. Pero, con todo, la situación ha mejorado ahora gracias a la paz y a la presencia de éstos. Hasta los más salvajes, ahora han cesado de guerrear, pues César Augusto ha reducido incluso a los que ahora conservan sus prácticas de bandidaje y, en lugar de combatir a los aliados de los romanos, ahora combaten al lado de ellos. Las legiones establecidas por Tiberio han terminado por hacerlos pacíficos y civilizados. El texto refleja, sin duda, la dificultad de los romanos para controlar el norte de la península. La intervención militar, con todo, ha logrado, desde el punto de vista de Estrabón, el establecimiento de la paz y de la civilización. La consecuencia que debe extraer el lector es que las condiciones naturales no son suficientes sin la intervención romana (III,3,5), mientras que las peores condiciones no constituyen un obstáculo para lograr que, a la larga, se establezca la situación deseada (III,3,8).

En este parágrafo, la insistencia en el adverbio “ahora” (vñv) refleja que, junto al planteamiento descriptivo, sincrónico, en la *Geografía* de Estrabón subyace un planteamiento diacrónico, que trata de resaltar los cambios producidos por la intervención imperialista, capaz de crear una nueva imagen de la realidad peninsular⁴⁰. En este mismo plano se encuentra la constatación de que *ahora* ya no puede hablarse de diferencia entre túrdulos y turdetanos en la Bética (III,1,6), gracias a la unidad conseguida por la intervención romana⁴¹. De igual modo pueden interpretarse las consideraciones sobre la dispersión y desunión de los pueblos iberos (III,4,5), que vienen a justificar la unidad conseguida por los romanos⁴², así como la confusión creada en torno a la nomenclatura de galaicos y lusitanos antes y ahora (III,3,1-3;7). Las diferencias entre el pasado y el *ahora* se muestran también

37. Bermejo, p. 22.

38. Van der Vliet, pp. 56; 59-60; 63; 66; 72; Thompson, p. 225.

39. Thompson, pp. 219; 221-2; 224, y ss. 53; Van der Vliet, pp. 63, 67; Bermejo, p. 23.

40. Clavel-Lévêque, p. 76.

41. N. Marin, A. Prieto, “En torno a un nuevo planteamiento de los límites de la provincia romana de la Bética”, *HA*, 4, 1974, pp. 83-84, sobre los problemas que plantean los límites de la zona, antes y después de la conquista romana.

42. Bermejo, p. 23.

en algunas formas de explotación y producción, como la de la lana (III,2,6), la de los metales de Turdetania (III,2,8), las minas de Cartago Nova (III,2,10), el uso de las embarcaciones (III,3,7) y las transformaciones de la vía (III,4,9)⁴³.

La intervención romana y el establecimiento de colonias que han cambiado las *politélai* son, en definitiva, el factor que define la situación actual, tanto en la zona de la Turdetania, donde se alaba la cultura precedente, pero también el hecho de que esta cultura se haya perdido y todos se hayan convertido en romanos, como en Celtiberia, donde en otro tiempo (*poté*) habitaban los más salvajes⁴⁴. En cualquier caso, de la situación conseguida *ahora*, destaca la paz, que resulta provechosa tanto para las relaciones con los pueblos del norte, como para la explotación económica de la península desde el punto de vista del tráfico con Roma e Italia (III,2,5), es decir, en las dos zonas en que Estrabón divide de hecho el territorio peninsular.

Así pues, sobre un primer plano descriptivo e informativo, utilitario, se desarrolla una descripción que centra su interés en la explotación del territorio y en las vías de comunicación que culminan en las que llevan a Roma. Más allá, se transmite una imagen que enlaza desde lo utilitario con lo ideológico y pone de relieve la diferencias dentro de la península según las facilidades de acceso a los lugares y a los hombres. Finalmente, se descubre una imagen diacrónica, que expone la nueva representación que da de sí la península gracias al imperialismo y a la paz, que enlaza, de todos modos, con los planos informativos referentes a los modos de explotación del territorio y de los hombres⁴⁵.

43. Sillières, l. cit.

44. Van der Vliet, pp. 60; 62-63.

45. Clavel-Lévêque, p. 91, *et passim*, que sirve de modelo a este trabajo. De ningún modo, sin embargo, pretende adquirir un valor equiparable. Cuando ya el presente trabajo se encontraba en prensa pude conocer la existencia de los libros de P. Tholland *Barbarie et civilisation chez Strabon*, París, Les Belles Lettres, 1987, y de C. Niedet, *L'inventaire du monde*, París, Fayard, 1988, útiles, sin duda, con respecto a su contenido, pero que no alteran los principales argumentos.